

Premio Nobel de la oración

Hugo Estrada

Si en el tiempo de Jesús hubiera existido el Premio Nobel de la oración, se lo hubiera merecido aquel oculto y anónimo apóstol que, un día tuvo la idea –inspiración– de pedirle a Jesús que les enseñara a orar. Debido a esa petición, conservamos esa oración que aprendimos en las rodillas de nuestras madres y que nunca nos aburre. Consta más o menos, en la versión de San Mateo, de unas setenta palabras. Es todo un tratado de teología, para meditarlo con quietud y no para rezarse mecánicamente.

Padre nuestro que estás en el cielo

Fue el comentarista Joaquín Jeremías quien recabó un interesante dato, al estudiar las demás religiones: solamente el cristianismo se dirige a Dios como a un “papá”. Es una revelación de Jesús en el Nuevo Testamento. Jesús, al dirigirse a Dios, lo llama “Abba”, palabra aramea –idioma que hablaba Jesús–, que significa “papito”. Nadie en el mundo había estilado ese trato con Dios. San Pablo nos dice que el Espíritu Santo dentro de nosotros es el que nos hace decir: “Abba Padre” (Gal 4, 6).

Según Jesús, la puerta de entrada para toda oración es llegar a sentir que Dios es un padre. Mientras una persona no haya logrado saltar la barrera del miedo a Dios, mientras no le tenga confianza y no llegue a considerarlo como un “papá bueno”, no logrará rezar como se debe; todas sus expresiones religiosas serán fórmulas o palabras, pero allí no hay oración. De aquí la importancia de iniciar siempre una oración invocando al Espíritu Santo para que nos ayude a acercarnos a Dios como a un “papá”.

Santificado sea tu nombre

Santo, es decir bendito, sagrado. Antes existía en la iglesia una postu-

ra de oración muy común. Era la “postración”. El individuo totalmente postrado en el suelo. Esta postura se conserva todavía en la ordenación de los sacerdotes. El candidato, al ser ordenado sacerdote, se postra en el suelo. En esta forma acepta la inmensidad de Dios y su pequeñez, su limitación. Ante Dios siempre nos sentimos enanitos. Por eso “santificamos” su nombre, lo glorificamos.



Jesús llamó Abba al Padre

En el Antiguo Testamento el nombre DIOS se reservaba para ocasiones muy importantes. En otras circunstancias, en lugar de pronunciar el nombre de Dios, se prefería decir: “Yavé”, Señor.

Lo primero que hacemos al acercarnos a nuestro “padre Dios” es glorificar su nombre.

Venga tu reino

Según escribe San Pablo en su carta a los Romanos, “El reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (14,7). Al observar a nuestro alrededor, no encontramos como denominador común la paz, el gozo, la

justicia. Todo lo contrario. Estamos llenos de violencia y de injusticia. Bien decía el evangelista San Juan que “el mundo está puesto en el maligno”. Es la lucha de la luz y las tinieblas. Mientras más nos dejamos controlar por el Espíritu Santo, más luz hay dentro de nosotros, más cooperamos en extender el reino de Dios, que Jesús vino a traer al mundo. Por eso una de nuestras primeras peticiones a Dios es que se extienda esa luz, ese reino.

Hágase tu voluntad

Una y otra vez caemos en la cuenta de que nos gusta seguir un camino muy distinto del de Dios. Jeremías lo confirma en su capítulo 55, cuando el Señor dice: “Mis caminos no son los caminos de ustedes”. Otra traducción dice: “Mis planes no son los planes de ustedes”. Y así es. Nos gusta escoger nuestro camino, que es el camino del egoísmo, que siempre nos trae complicaciones. Al suplicar al Señor que se haga su voluntad, nos estamos poniendo en sus manos y estamos reconociendo que Él es sabio y que su plan es el que verdaderamente nos conviene. La

Virgen María fue la que mejor apreció esta lección de Jesús. En sus oraciones solamente hay alabanza a Dios y aceptación: **“Hágase en mí según tu Palabra”** (Lc 1,38). Y eso mismo enseñó a los demás. A los sirvientes, en la boda de Caná sólo les indicó un secreto para la oración eficaz: **“Hagan lo que Él les diga”** (Jn 2,5). Los puso en las manos de Jesús. Ponerse en las manos de Dios quiere decir aceptar que, a pesar de las circunstancias, sólo él nos puede llevar por el “sendero recto”, haciendo honor a su nombre” (Salmo 23).



Santificado sea tu nombre

Danos hoy nuestro pan

Al hablar de pan no entendemos solamente nuestro alimento, sino todo lo concerniente a nuestra vida de tipo material: finanzas, proyectos, trabajo, hasta pequeños lujos; siempre que no vayan contra la voluntad de Dios. Pero ese pan que solicitamos no lo pedimos con egoísmo. Por eso decimos: **nuestro pan**. Porque sabemos que somos hijos de Dios; pero no “hijos únicos”. Formamos parte de una comunidad y pedimos por todos, sobre todo por el más necesitado. Al decir **nuestro pan**, nos insertamos, con corazón abierto, en una comunidad y compartimos su gozo y su tristeza.

Narra el capítulo 16 del Éxodo que, durante su trayectoria por el desierto, el pueblo hebreo fue bendecido

por Dios con el “maná”, alimento milagroso que Dios les proporcionó para que no desfallecieran por el camino. Pero Dios los quiso enseñar a confiar plenamente en Él. Sólo debían recoger el maná necesario para el día. Les prohibió guardar maná para el día siguiente. Y aquí vino la falla. Muchos no observaron este mandato. Dice la Biblia que se les podría el maná a los que recogían más de la cuenta. Cuando solicitamos el **pan de hoy**, estamos viviendo esa experiencia de fe.

Demostramos que Dios Padre está diariamente con nosotros, que cuida de nosotros. Fue Él quien nos advirtió: **“No estén afanados pensando qué vamos a comer o qué vamos a beber o con qué vamos a vestirnos...”** (Mt 6,31).

Jesús nos anima a confiar plenamente en que nuestro Padre se nos adelantó a pensar en eso. Decía Jesús: **“A cada día le basta su propio afán”** (Mt 6,34).

Nuestra tentación constante es pedir el pan de “pasado mañana”. La mujer y el hombre de fe es un “existencialista” en todo el sentido de la palabra: vive su hoy, pero en las manos de Dios.

Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden

Ante Dios siempre que vemos hacia nuestro interior encontramos que hay fallas de nuestra parte. Pero no nos afligimos. Sabemos que nuestro Padre nos quiere curar. Pero sabemos que no tolera la altanería. El fariseo llegó al templo y comenzó a exhibir sus credenciales. Según él,

Dios estaba obligado a premiarlo. Jesús afirmó que el fariseo había salido del templo con un pecado más. El publicano sólo exhibió sus pecados; los acompañó de su humildad... y salió oloroso a gracia de Dios.

No nos dejes caer en tentación y líbranos del mal

Alguna traducción dice: **“No nos metas en la tentación”**. No nos suena bien. Según dice Santiago (1,13), Dios no induce a nadie al mal. Es el demonio quien lo hace. Por eso nosotros nos sentimos en la vida como equilibristas en el trapecio, y acudimos a Dios suplicando que no permita que nuestro enemigo nos haga caer. Se habla de las pruebas de Dios, pero eso de ninguna manera indica que Dios nos empuje al mal. Así como un papá que le está enseñando a su hijo a nadar, primero lo va sosteniendo y luego lo suelta para que el niño se haga atrevido y aprenda a nadar, así también el Señor nos da “empujoncitos”, no para que nos ahogemos, sino para que seamos atrevidos, para que nos realicemos más en la vida. En nuestra oración, con confianza, siempre le decimos: “No permitas que me caiga del trapecio, que caiga en manos del maligno; quiero estar en tus manos nada mas”.

Fue un filósofo griego quien escribió que nadie se baña dos veces en el mismo río. Las aguas del río siempre son nuevas y limpias. Así esta bella oración del Padrenuestro. Más que para recitarse es para extasiarse en esas renovadas aguas en las que, por la acción del Espíritu Santo, iniciamos a sentirnos más cerca de Dios –nuestro papá–, y con confianza de hijos comenzamos a contarle nuestras cosas, hasta las más chiquitas y, aparentemente, tontas. Al punto, vamos experimentando la mano de ese papá que cada vez nos agarra fuertemente y que cada día es más nuestro “papá”. 